

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	4 reales.
Por tres id.	11 »
Por seis id.	21 »
Por un año.	40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion y Redaccion, dirigirse al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administracion.	13 reales
Por seis id.	28 »
Un año id.	50 »
ESTRANJERO, tres meses.	30 »
ULTRAMAR, un año.	6 pesos.

Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

LO QUE CORRE POR AHÍ.

Nada corre por ahí tanto como las novelas á medio real la entrega.

Con quince ó veinte entregas de diferentes autores que van juntas dándose de cachetes en un pañuelo de yerbas atado al brazo izquierdo, el papel en una mano y el lápiz en la otra, cruza el repartidor de novelas las calles, y sube al dia ochenta ó cien escaleras buscando un suscriptor de cuatro cuartos.

¡Pobre muchacho! Ni aun tiene conciencia de su mision extraordinaria en esta sociedad que se transforma diariamente, merced á esa fecundísima instruccion que lleva descuidado en su pañuelo de yerbas.

No basta el cartelón de la esquina, no basta el anuncio en los periódicos, no basta el prospecto...

Todo esto es nada si ese regimiento de jóvenes á la negligé no toma sobre sus hombros la áspera tarea de esparcir la luz por todos los ángulos de las grandes poblaciones... en forma de entregas.

¡Pobres muchachos! ¡Tan jóvenes y ya van cargados de crímenes! Sí, señor, sí, yo he visto más de uno con *Los tres hijos del crimen* encima. ¡Horror!

Ellos podrian decir como Dante: ¡Qué amargo es subir y bajar la escalera agena!

Subir y bajar todas las horas, todos los minutos, ¡no es la imagen más completa de la vida humana?

Pero no todos los hombres pueden hacer lo que los repartidores de novelas, que es bajar para subir en seguida.

Muy al contrario, hay gente que baja para no volver á subir jamás. Desgraciadamente esto no es siempre cierto.

En este instante siento ruido como de algo que se arrastra por el suelo.

Algun cuerpo extraño se introduce en mi habitacion,

E cade come corpo morto cade.

Es otra entrega de novela con el prospecto que dice: «El nombre del autor es bastante conocido (*en su casa*) para que necesitemos hacer su elogio; sin embargo, diremos únicamente que esta novela es grandiosa, maravillosa y tormentosa. Que tiene una moralidad que asombra, un interés que aterra, un gracejo de rechupete, un estilo que tira de espaldas y una cubierta de color de macarrones.»

Esto lo dice el editor sin conocer la obra, por la sencilla razon de que no la conoce nadie,—ni el autor que la va á parir. Como que se empieza á escribir cuando se publica la primera entrega.

Verdad es que si el editor la conociese no pararian aquí sus elogios.

Probablemente nos diria: «La obra que tenemos el honor de ofrecer al público (por su dinero), tiene 108 capítulos, y en ellos verá el lector sucesivamente cinco entierros, doce bailes, tres adulterios, ocho asesinatos, un robo con fractura, otro sin ella, cuatro ejecuciones, un envenenamiento, quince declaraciones de amor, una nevada, cuarenta descripciones de la aurora, siete maridos engañados, y veinticinco pinturas de una noche lluviosa. Lo más patético está en el capítulo 22, donde una familia desgraciada se ve espuesta á ser devorada por los lobos. El autor se ha escedido á sí mismo, y los lobos parece que hablan. ¡Ah! Es una situacion que está diciendome.»

Esto diria el editor si conociese la novela. Afortunadamente para nosotros, el editor no acostumbra á leer más que las cartas de sus corresponsales.

Ahora parece estar en moda entre nuestros novelistas los asuntos que se rozan con las madres.

Ayer fué *La buena madre*.

Después *Amor de madre*.

Hoy *La plegaria de una madre*.

Mañana... mañana quizá nos metan por debajo de la puerta *El cadáver de una madre*.

Y es el caso que no hay medio de verse un hombre libre de estos repartidores tenaces.

No basta decir:—«no me suscribo,»—que al dia siguiente viene un nuevo repartidor, y vuelve á dejar el mandado en el mismo sitio.

¡Y es infinita la variedad de repartidores de novelas!

—Siete años, me decia la otra noche una criada, siete años llevo de servir, y nunca he visto dos veces la misma cara de un repartidor, así es que no sirve decir que aquí no quieren entregas.

A veces ocurren escenas por este estilo:

El Repartidor.—Ayer dejé aquí *El collar del diablo*, y *Los hijos de la fé*.

Criada.—Pues yo no he visto esos caballeros.

El ama (desde la alcoba).—¿Quién grita?

Criada.—Es que piden unos papeles.

Repartidor (alzando la voz).—¿Quiere Vd. el *Diego Corriente*?

El ama (desde la cama).—¡Un demonio!

El Repartidor.—¿Y *La mujer adúltera*?

El ama.—Mi marido no quiere más mujer que la suya. ¿Habrás visto insolente?

Y, bien mirado, esto es un suplicio. Acaba Vd. de levantarse de mal humor, porque sus negocios no marchan bien, y le ponen delante *Siete generaciones de verdugos*.

Acaba Vd. de cenar muy tranquilo y sosegado, tiende la vista alrededor, y se tropieza con *Candelas*. Vaya usted luego á dormir tranquilo.

Su hija de Vd. ignora ciertas cosas, pero *La dama de las camelias* despierta su curiosidad, y lee, y aprende.

Y no es esto lo peor. Lo horrible, lo descomunal es que las novelas por entregas cuestan doble precio que las novelas por tomo.

He visto pagar 100 entregas á medio real por una novela. ¡Es decir, 50 reales por lo que se podría comprar elegantemente impreso por 20 reales!

¿Y por qué es esto?

Porque el cándido lector dice: A medio real, se paga sin sentir.

¿Sin sentir?

A medio real le dan cuatro entregas á la semana, ó lo que es lo mismo, una entrega por dos reales.

¿Y el cuidado para conservarlas? Una que se pierde, otra que se ensucia, ya un amigo que no la vuelve, ya un gato que juega con las láminas.

Yo he visto muy apurado á un suscriptor de novelas por entregas, al ver interrumpida la obra en su capítulo más interesante.

Acababa de leer que en el momento de decir la mujer á un joven rubio te amo, se presentó el marido.

—¡Por vida de... exclamó el suscriptor, tener que aguardar á la semana que viene para saber lo que hace el marido!

Yo no me hubiera impacientado por tan poco.

Un marido que sorprende estas cosas debe coger el sombrero y marcharse, diciendo: «Se me figura que estorbo.»

Concluyó la feria, y el tiempo ha favorecido su marcha. El domingo fué el último dia, y la gente acudió en tanto número, que sé de una señora honesta que fué á la

feria á comer el último melocoton, y dejó entre el genio el último diente, de resultas de algunos codazos irrespetuosos. Dos horas después se lamentaba del cambio, no porque le gustara un diente más que un melocoton, sino porque era el último.

¡Todo lo último es tan poético! Como el último rayo del sol, el último Abencerraje y el último adios.

Sin embargo, hay dos cosas que no tienen nada de poéticas: la última peseta y el último mono.

Ayer parece que fueron colocados en sus respectivos cajones unos cuantos toros que van á Zaragoza por el ferro-carril en coche reservado, como quien se da tono.

No sé qué opinion formarán los señores toros del viaje en camino de hierro, aunque es probable no les agrade la gran velocidad, conocido el fin que les espera.

El hombre es muy cruel: ¿cómo, si no, enseñar al toro los progresos del siglo en el instante mismo de llevarlo á morir?

Esto es lo mismo que decir á uno:

—Despidete del mundo, de los placeres, de los baños de mar y de los bailes de Capellanes. Te he enseñado todo eso para tener el gusto de arrebatártelo en un minuto. ¡Date, perro!

Póngase cualquiera de Vds. en la situacion del toro, y exclamará con razon:

—Me han dejado entrever un mundo de delicias más allá de la dehesa en que corrió mi infancia... He oido la cebada de las grandes ciudades, donde hay tanta casa de vacas, y apenas llego á comprender la felicidad, me matan. ¡Ah! Yo protesto contra esta tiranía, y muero inocente desde los cuernos al rabo!

No hay duda, el hombre es muy cruel.

Luis Rivera.

CUADROS VIVOS.

EPISODIOS DE LA VIDA.

PRIMER CUADRO.

EL AFAN DE PRETENDER.

La escena en la casa de Alfredo.—Son las nueve de la mañana.—Época, el mes de diciembre.

PERSONAJES.—Alfredo.—Antonio (su criado) y un Caballero tan particular como hay muchos.

ESCENA PRIMERA.

Suena una campanilla.—¡Tilin, tilin, tilin!

Antonio (desde la rejilla de la puerta).—¿Quién? El Caballero particular.—Servidor.

—¿Qué se le ofrece á Vd.?

—Vive aquí el Sr. D. Alfredo Berlanga?

—(Abriendo la puerta).—Sí señor, aquí vive.

—Pues páscele Vd. recado, porque necesito verle.

—Dispense Vd., pero está durmiendo, porque se retira á hora muy avanzada de la noche, y me tiene dada orden de no...

—Pues que se despierte.

—Hombre, alabo la frescura...

—No hay frescura que valga; yo necesito verle sin pérdida de tiempo... Tengo que decirle cosas que le interesan.

—(¿Si traerá dinero? Es lo único que puede interesar á mi amo.) Y ¿cuál es su nombre de Vd.?

—Juan Fernandez y Rodriguez.
(Pausa.—Antonio se dirige al interior de la casa, dejando en el recibimiento al Sr. D. Juan Fernandez y Rodriguez.)

ESCENA II.

La alcoba de Alfredo.

—(Entrando.)—¡Señorito!
—(Roncando.)—¡Jóo, jóo, jóo!
—¡Tener que despertarle ahora! Me va á tirar el candilero. (Vocando.) ¡Señorito, señorito!
—(Despertando sobresaltado.)—¿Qué es eso? ¿Qué sucede? ¿Han pagado á las clases pasivas?
—¡Tiene Vd. que cobrar algo?
—No, pero desde niño me intereso por las que cobran.
—Pues no es eso...
—Espíciate. ¿Qué ocurre? ¿Ha venido el sastre? ¿El casero? ¿La policía? ¿Qué es ello?
—No, señorito, no; ¡ha venido un hombre mucho más temible que todos esos juntos!
—(Horrorizado.) ¡¡Más temible!!! Pues ¿quién es ese monstruo?
—Un hombre que quiere hablar á Vd. con urgencia ¡á las nueve de la mañana! cuando el sastre y el casero no vienen hasta las tres de la tarde.
—¿Te ha dicho su nombre?
—Se llama D. Juan Fernandez y Rodriguez.
—(Pensativo.) ¿D. Juan Fernandez y Rodriguez? ¿Fernandez y Rodriguez? ¿He debido yo algo á algun Fernandez y Rodriguez? Vaya Vd. á saber. Todos los españoles se llaman así. En fin (con resolución épica), dame los pantalones y un garrote, y haz entrar á ese ciudadano.

ESCENA III.

Antonio (apareciendo).—Señorito, este caballero desea hablar á Vd.
El caballero Fernandez.—¿El Sr. D. Alfredo Berlanga?...
Alfredo.—Servidor...
—Tengo una satisfacción en conocer á Vd.
—Y yo otra, caballero, y yo otra.
—Usted no tendrá el honor de conocerme...
—¡Hombre! El honor...
—Yo soy Juan Fernandez y Rodriguez.
—¡Ah! Usted es Fernandez y Rodriguez, D. Juan... Y bien, Sr. Fernandez y Rodriguez, ¿en qué puedo serle útil?
—Á eso voy, caballero, á eso voy. Yo me llamo, como he dicho á Vd., Juan Fernandez...
—(Interrumpiéndole.) Y Rodriguez. Adelante.
—Pues bien, caballero, voy á ser muy breve. Me limitaré á contar á Vd. mi historia.
—¿Y no podría Vd. contársela á otro?
—(Continuando.) Hace tres días que estoy en Madrid. Soy natural de Zamarramala, y uno de los primeros contribuyentes del pueblo en la provincia de Segovia. Mi familia, bastante numerosa, goza allí de todas las simpatías de la gente más elevada, y yo, aunque me esté mal el decirlo, soy de lo más ilustrado del pueblo.
—¿Cómo lo disimula el pícaro!
—He servido allí los cargos más principales: he sido fiel de fechos, sacristán, dentista y últimamente juez de paz y estanco. Pero esto no hace al caso y... no quiero cansar.
(Aparte).—¡Asesino!
—Hace, como he dicho á Vd., tres días que estoy en Madrid...
—Sí, en efecto, esta es la segunda ó tercera vez que me lo dice Vd., Sr. Fernandez y Rodriguez.
—Pues bien, caballero, en los tres días que llevo corriendo por Madrid, héme dicho á mí mismo: «Juan, tú debes vivir en Madrid, disfrutar de los placeres que ofrece Madrid, frecuentar las reuniones de Madrid, obtener una posición que te distinga en Madrid, merecer la consideración de la buena sociedad de Madrid, ofrecer tus servicios al gobierno de Madrid...» ¿No es verdad, caballero, que este pensamiento es digno de ser realizado cuanto antes?...
—¡En Madrid! Pero Sr. D. Juan Fernandez y Rodriguez, ¿á mí qué me importa que Vd. viva en Madrid ó en el Cabo de Hornos?
—Tenga Vd. calma, que falta lo mejor.
—(Quisiera ser antropófago.)
—Pues bien, caballero, decidido á realizar este pensamiento, he dado hoy mismo aviso á la familia para

que inmediatamente proceda á la venta de los terrenos y edificios que en el pueblo me pertenecen, hallándome resuelto á comprar aquí algunas fincas... Y á propósito, ¿usted sabe qué valor tiene aquí la propiedad?

—Sr. Fernandez y Rodriguez, la propiedad y yo estamos de punta hace días.

—(Poniéndose serio.) Voy á concluir. Si yo he llamado á la casa de Vd., es porque decidido, como he dicho, á establecerme en Madrid, necesito de... una ayuda, y vengo á que Vd. me coloque.

—¡Hombre! Siendo Vd. propietario.

—Para ayuda. Como yo leía todas las tardes en mi pueblo los periódicos, observé que el nombre de Vd. sonaba mucho en las columnas del *Porvenir de la Patria*, del que soy suscriptor.

—Por muchos años.

—Y no dudando de que por la mediación de Vd. podría conseguir algo... he venido á visitar á Vd. y suplicarle que haga algo por mí en el sentido que le he indicado.

—No acabe Vd., señor Fernandez y Rodriguez. Ahora ógame bien. Mire Vd., Sr. Fernandez y Rodriguez, usted ha llamado á la puerta de mi casa á las nueve de la mañana, hora en que yo acostumbro á descansar y no recibir sino dinero ó cosa que lo valga. Usted se ha deleitado en contarme una historia que me importa un pito, señor Fernandez y Rodriguez, y ha concluido por pedirme un imposible. Pero voy á recomendarle á Vd. á un amigo, Sr. Fernandez y Rodriguez.

—¿De veras?

—Voy á dar á Vd. una carta para mi amigo Teófilo Machuca... espere Vd. un momento. (Alfredo escribe.)

«Mi querido Teófilo:

Ahí te envío al Sr. Fernandez y Rodriguez, un salvas. Despedízale y manda á tu afectísimo

ALFREDO BERLANGA.»

Ya está, Sr. Fernandez y Rodriguez.

—La entregaré lo mismo que Hurias. Gracias por su bondad, y si en algo puedo complacer á Vd., etc. etc. etc.

—Vaya Vd. con la Virgen, Sr. Fernandez y Rodriguez.

ESCENA IV.

Alfredo.—Después Antonio.

Alfredo.—¡Gracias á Dios, ya estoy solo, ya soy dichoso! (Llamando.) ¡Antonio, Antonioooo!

Antonio (apareciendo).—Aquí estoy.

—Escucha y tiembra. Cuando llame otra vez algun desconocido, le preguntas si ha pasado por Zamarramala, si ha sido sacristán, fiel de fechos, juez de paz ó estanquero, y si te contesta afirmativamente, entras en mi alcoba, abres la mesa de noche, coges el *revolver*, y sin más aviso descerrajas los seis tiros de un solo golpe sobre el que tal diga.

—¡Enterado!

—Ahora cierra los balcones y déjame dormir.

TABLEAU.

Eduardo Saco.

LOS VALIENTES.

I.

—Vamos, ¿cuente Vd. algo, D. Juan!
—Sí, sí, D. Juan, cuente Vd. algo... así se hace más corta la velada....

—Ea, D. Juan, no se haga Vd. rogar, ¡caramba!
—Pero señores, qué demonios he de contar, sino es algun episodio de mis campañas en....

—¡Eso, eso! Todos sabemos que ha sido Vd. un héroe.
—Hombre, aunque me esté mal el decirlo, no me he portado peor que otro hombre nunca; y ahora recuerdo un caso que me ocurrió el año de siete....

—¿A ver, á ver?

—Era yo entonces jefe de unos veinte hombres, ¡pero qué hombres aquellos! ya no los hay ahora. Pues, señor, íbamos persiguiendo á unos franchutes condenados que nos tenían fastidiados sin dejarnos dormir ni comer. Yo estaba ya harto de tanto día sin tiros, y dije: ¡jea! ¡hoy es cuando no queda aquí quien lo cuente!

Señores, parece que estoy todavía en el lance aquel. Cuando ménos lo pensábamos... ¡paf! caemos en una emboscada. Nos vimos rodeados en un santiamén por unos sesenta franchutes. Ya he dicho que nosotros éramos veinte hombres, de manera que nos tocaban á tres

por barba. Pues, señor, empieza el jaleito, ¡pin! ¡pan! ¡pin! ¡pan! tirito por aquí, trabucazo por allá, y me quedo con tres hombres y sin municiones.

—¿Y qué hizo Vd., D. Juan?

—¿Qué hice? Coger un fusil al revés, es decir, por el extremo del cañón, y blandiéndolo á dos manos como si hubiera sido un palo de escoba, principio á palos á un lado y á otro, y en ménos que se reza una parte del rosario escabeché diez y siete, y logré que los demás apretaran el paso de tal modo, que creo que alguno de ellos corre todavía.

—¡Bravo, D. Juan!

—¡Bravísimo!

—¡Ha sido Vd. un héroe!

Mientras la reunión aplaude á D. Juan, se oye un tiro en la calle.

—¿Qué es eso? dice uno.

—¡Un tiro! grita otro.

—¿Qué será.

—¡Alguna riña!

—¡Algun robo!

—Don Juan, ¿qué opina Vd. de eso?... ¡Pero calle! ¿Dónde está D. Juan?

—¡Es verdad! ¡Y D. Juan?

—Estará en el balcon....

—En el otro gabinete....

Un criado.—El Sr. D. Juan se marchó corriendo cuando se oyó el tiro, diciendo que no le gustaban los barullos.

Los concurrentes sonrien. Un francés suelta el trapo.

II.

—¡Hola, Leon, cómo estás?

—Cargado, hombre; he tenido una cuestión ahí, con el mozo del café, que me ha servido un chocolate que parecía engrudo.... Le he pegado de bofetadas, y le he puesto la cara como una sandía.

—¿A dónde vas?

—Aquí, al teatro de los Bufos; ¿vienes?

—Vamos.

Los dos amigos entran en el teatro. Leon encuentra su butaca ocupada por un caballero de aspecto inofensivo.

—Oiga Vd., quítese Vd. de ahí, que esta butaca es mía.

—Caballero, repórtese Vd.; acaso padece Vd. una equivocación.

—¿Qué equivocación ni que cuerno, hombre! ¿No ve usted? Fila segunda, núm. 2; esta es mi butaca.

—Pues bien, aunque lo sea, yo he podido equivocarme, pero Vd. no tiene derecho para hablarme en términos tan groseros.

—¡Hombre, si no estuviéramos aquí le rompía á Vd. la cabeza!

—En acabando el acto veremos si me la rompe Vd.

—Si señor que lo veremos; ¡vaya con el señor este, que sin duda no ha encontrado quien le de dos palos para que aprenda á no llamar grosero á nadie!

—¡Chist! Luego nos veremos.

—¡Buena! ¡No crea Vd. que á mí me acobardan las amenazas!

Los espectadores gritan: ¡callarse! ¡fuera! ¡silencio! Y la representación continúa.

Acabado el acto primero, el espectador de aspecto inofensivo va diciendo por los pasillos con aire amenazador.

—¡Han visto Vds. por aquí á uno que estaba en la butaca núm. 2 de la segunda fila?

Pero nadie da razón del contratista de las bofetadas. Durante el resto de la noche, el sitio de Leon está vacío.

III.

—Compare, el quinto mandamiento es no estorbar!

—¿Por qué lo icia usted?

—Porque ar lao de esa mujé no se pué poner naide más que este cuerpo garboso.

—¿Pero eso.... es de verdá?

—De verdá. Y si Vd. no sa enterao, tengo yo aquí un arfiler que pinta una historia de España en la cara más limpia.

—Es decir....

—¡Es decir, que á mí no me estorba ningun nacido, ea!

Acabadas de decir estas palabras, suena una bofetada que se oye en las cinco parte del mundo.

—¿Quién es la víctima? preguntarán Vds.

—¿Quién ha de ser si no el que prometía pegar á cualquier nacido?

IV.

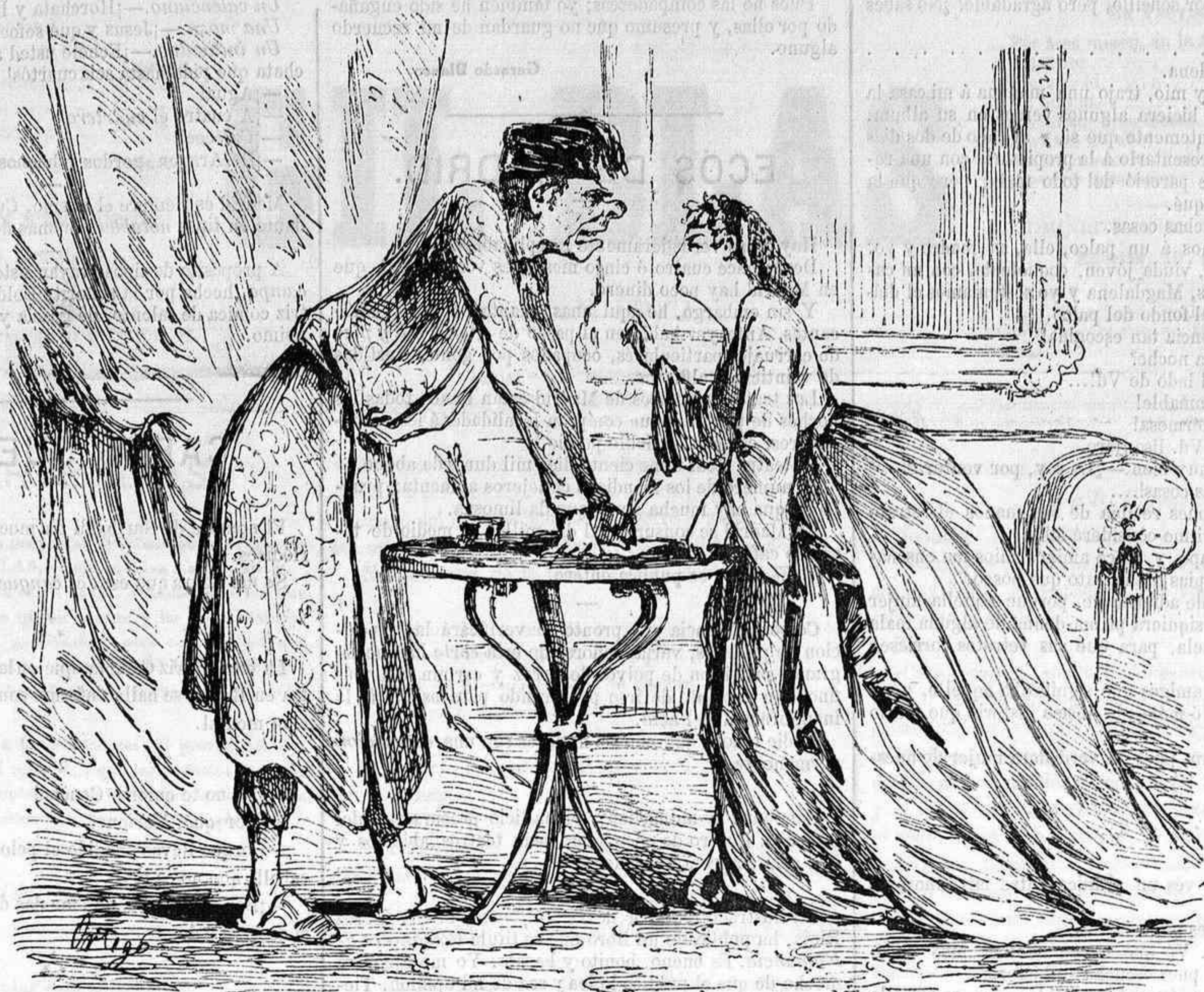
Posdata.

Conozco un hombre que jamás habla de sus campañas, y sin embargo, ha matado más gente que pelos tiene en la cabeza. Cuenta por millares sus víctimas.

—¿Quién es el héroe? Dirá el lector curioso ahora.

—Es un médico, pariente mio.

Eusebio Blasco.



ECONOMÍA DOMÉSTICA.

—Antes de ayer te dí una onza y dices que ya no tienes un real. ¿Se puede saber en qué la has gastado?
 —En la casa. Todo está muy caro. ¡Figúrate que se ha subido un cuarto el pan!.....

EL MUNDO DE MIS RECUERDOS!!

I.

¡Como eran tantos me decidí á guardarlos!
 Y no encontré sitio mejor que un viejo mundo que en la alcoba de mi cuarto yacia arrinconado.
 Estoy hablando de un baul, de esos baules monumentales que por lo grandes y profundos son el encanto de las mujeres y el susto de los mozos de carga.

II.

Voy á contarte lo que en él conservo.
 Despues procuraré relatarte la historia de cada recuerdo, menos de aquéllos que no la tienen.
 Gozaré en ello y gozarás tambien, porque leerás cosas muy buenas.
 Perdona mi inmodestia, y ¡ábrase el mundo á tus miradas!

III.

Papeles son papeles,
 cartas son cartas,
 palabras de mujeres
 todas son falsas.

¡Cinco paquetes de cartas!
 Si tuviéramos tiempo de sobra, habíamos de ir leyendo, una por una, todas las que cada paquete encierra.
 Y reuniendo cada cual con su objeto respectivo, ¡qué mundo de recuerdos te inspirarian los recuerdos de mi mundo!

Pero ya que esto no es posible, examinemos al menos, con la precipitacion precisa, el principio de alguna, el fin de otra y algo sacaremos en limpio.

—«Caballero: El deseo de Vd., aunque muy natural, no puede ser satisfecho. Ni sé quién es Vd. ni los límites de aquel. B. S. M.—*Angela.*»

Recorramos el paquete del que es portada esta esquila y busquemos la última, que dice;

—«Fulano: Debiera constarme por tu conducta que todo ha concluido entre nosotros, pero quiero convencerte plenamente y apelo á tu generosidad, suplicándote me lo manifiestes resueltamente.—*Angela.*»

¡Necesitaré explicarte la historia que encierra el tiempo trascurrido de una á otra carta?

Paseos por la calle, citas de idem, á balcon, á media noche, tres gemelos de teatro descompuestos, cuatro cuentas del zapatero sin abonar y dos idem á la botica por las medicinas para curar una pulmonia y tres resfriados.

IV.

—«Fulano: Lo que Vd. me propone es una villanía. Soy mujer honrada y únicamente el desprecio más profundo puede inspirarme la resolucion que Vd. en su carta manifiesta.»—(*Anónima.*)

(*Décima-tercia carta del paquete respectivo.*)—«¿Que si te adoro? ¡Puedes dudarlo? ¿Acaso las grandes pruebas que te he dado no han podido convencerte de la verdad de mi cariño? etc., etc.—(*Sigue el misterio en la firma.*)

Carta final.—Mónstruo: Ni mi desprecio mereces. Te aborrezco con todo mi corazón.—(*Continúa sin darse á conocer.*)

Consecuencias.—Un marido burlado y una escursion á Panticosa.

V.

—«Sr. D. Fulano, etc.—Aunque he leído muchas veces la de Vd. por mí no me hubiera atrevido á contestar, si una compañera de colegio no me hubiera dicho que debia hacerlo, porque ella, en un caso semejante, obró del mismo modo. Veremos como se porta Vd., etc.—*Pura.*»

Y la última carta dice:

«Fulano: Esta tarde está mamá de buen humor. Comunícale nuestros proyectos para el porvenir, y pídele su consentimiento. Tuya.—*Purita.*»

¡Este si que es paquete!

No puedo decirte los resultados porque hice un viaje al extranjero y no he vuelto á saber de la chica. Solo conservo de ella, además de las cartas, una sortija de *double* que me dió inocentemente delante de su mamá.

¡Una sortija con muy buena sombra, aunque á mí me la estubo haciendo mala desde que me la entregó hasta que dejé de verla!

VI.

¡Cuatro cartas mugrientas encierra el penúltimo paquete! ¡Entre ellas, un pensamiento marchito!

¡Pobre Julia!

Si no te fastidiaras te contaria una historia que empezó en un baile y concluyó en el cementerio.

La de Julia.
 Pero hoy no gustarás de ella y la omito.
 Solamente te suplico que si sabes que he llorado alguna vez, no me preguntes por quién.

VII.

No te rias al examinar conmigo las del paquete que nos resta.

La mala letra y peor ortografía de cada una de ellas, conozco serán un objeto de burla para cualquiera, pero no está lo mejor en esto. Vamos á ver una y verás en ella el sainete, si antes has podido ver la tragedia, el drama y la comedia.

—«Querido Fulano: Ayer estuve con mi tia en la dehesa; toda la tarde me estuve acordando de tí.

La recorrimos cuatro ó cinco veces paseándola y por fin nos sentamos bajo unos alcornoques. ¡Allí sí que me acordé de tí!

Despues entramos á refrescar y tomé un sorbete acordándome de nuestro amor.

Quando ya cerró completamente la noche, determinamos marchar, engancharon á la berlina el caballo (yo siempre acordándome de tí), y llegamos á la ciudad, feliz y dichosa porque iba al fin á verte. Te llevo mucha yerba de olor para que perfumes con ella tu habitacion, Adios, hasta que nos veamos.—*Nicasia.*»

P. D. Mañana recibirás la yerba.

¡Por qué gritas tan desafortadamente? ¡Basta!....

¡Acaso el nombre con que firma la carta te ha completado la idea de la mujer que la escribió?

Pues sabe que hoy es la honrada esposa de un tendero de ultramarinos que está en la calle del Desengaño.

VIII.

¡Conque deseas que habiéndose concluido las cartas, te enseña los varios objetos que en el mismo sepulcro se encierran?

Voy á complacerte, y te iré contando aunque á grandes rasgos la historia de cada uno.

IX.

Mira, un retrato con marco de ébano.

¡Te gusta? Es una hermosa mujer.

¡No encuentras algo de sobrenatural, algo de imponente en esa altiva mirada?

¡Dices que te gusta mucho? ¿Que adivinas grandes co-

